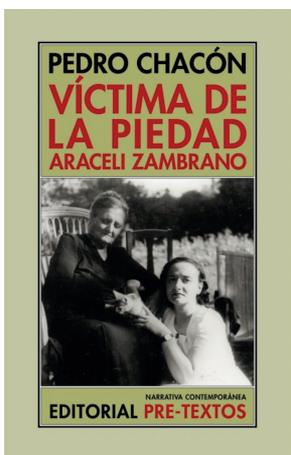


# *Víctima de la piedad: Araceli Zambrano*

CHACÓN FUERTES, PEDRO.

Valencia, Pre-Textos, 2022.



Pedro Chacón, gran conocedor de la biografía y la obra de María Zambrano —ha participado en la edición de sus *Obras completas* para Galaxia Gutenberg y publicado numerosos monográficos sobre su pensamiento— afirma en la nota preliminar de su último libro, *Víctima de la piedad*, que su intención al escribirlo ha sido la de reconstruir, a partir de fuentes documentales, la tormentosa vida de Araceli Zambrano, cuya figura siempre se había mantenido hasta el momento a la sombra de su hermana. La originalidad de Chacón reside no sólo en haberla sacado de su eterno papel de personaje secundario y haberla ascendido a protagonista, sino también en haberse valido de las formas zambranianas para

hacerlo. Así, por un lado, el autor dibuja a Araceli de manera fragmentada e incluyendo en su relato a las personas más importantes de su vida —Carlos Díez, su marido; Manuel Muñoz, su compañero sentimental durante la guerra; y la propia María Zambrano— pues, como afirmaba esta última, toda vida es fragmentaria y requiere del espejo de los demás para verse.

Por otro lado, Chacón se sirve de la confesión, género estudiado a fondo por Zambrano en su ensayo *La confesión: género literario y método*, para dar voz, a modo de epístolas y diarios, a los sentimientos más internos de unos protagonistas azotados por la tragedia de la Guerra de España y el posterior exilio, sacando a la luz de la literatura, como decía la pensadora velená, la vida oculta de las entrañas. En carta a su maestro Ortega y Gasset en 1932, María Zambrano le hablaba de la necesidad que todo sujeto tiene de clarificarse en algo y ante alguien, y de esa necesidad de volver sobre uno mismo para verse y descubrir la verdad que sólo anida en su interioridad había nacido el interés de la filósofa por la confesión como género literario y como forma de conocimiento alternativa al racionalismo dominante de su época. La confesión abría, para ella, una vía hacia un *ordo amoris* —siguiendo la terminología de Max Scheler, uno de sus pensadores preferidos— o hacia un saber sobre el alma, como había titulado el artículo que le hizo darse cuenta de que su filosofía había ya roto con la razón vital orteguiana para poder volar por sí misma.

En el primer capítulo, Chacón expone, dando la palabra a Carlos Díez, los motivos que llevaron al marido de Araceli al suicidio en 1952, durante su exilio en Venezuela. Díez repasa los avatares más decisivos de su existencia, intentando poner orden en su pasado no para continuar en el futuro, sino para reconciliarse consigo mismo y tratar de encontrar un sentido a aquello que parece no tenerlo, incorporando a su confesión las circunstancias que han formado parte de su vida —marcada, como la de toda su generación, por los cruentos avatares que sacudieron la historia de España durante las primeras décadas del siglo XX— así como los rasgos de su carácter y su pensamiento —su anticlericalismo, su dureza, su ferviente amor por la literatura, su madera de líder político y estudiantil, su inquietud intelectual, su pasión por la medicina y la política, su militancia en el Partido Comunista de España, su fuerte temperamento o su compulsiva adicción al tabaco y a las drogas—. Fue precisamente su compromiso con su trabajo y con el régimen republicano el que le hizo desatender su amor por Araceli, a la que conoció cuando se convirtió en el médico personal de María, diagnosticada por él mismo de tuberculosis tras el desmayo que sufrió la filósofa durante una conferencia en el Ateneo de Valladolid en 1928. Tres años después, se consumó el matrimonio entre Carlos y Araceli, pero ambos terminarían separándose en 1936 a pesar del profundo amor que se profesaban.

Ese mismo año, Araceli abandonó a su marido por Manuel Muñoz, Director general de Seguridad de la República durante los primeros meses de la guerra. Tras el final de esta, ambos se exiliaron en Francia, pero su relación se vio truncada por la ocupación alemana del país: Muñoz fue apresado por los nazis en octubre de 1940 y extraditado pocos meses después a España, donde el régimen franquista, que aca-

baba de aprobar la Ley de Responsabilidad Políticas con el objetivo de procesar a los republicanos que apoyaron al Frente Popular, le fusiló en una cárcel de Madrid. Pedro Chacón imagina la desesperación, la soledad y el sufrimiento de quien sabe que su vida ha llegado injustamente a su fin, lejos de todos sus seres queridos y entre los fríos barrotes de una húmeda celda, a través de dos cartas enviadas a Araceli, y en las que Muñoz se lamenta por el sinsentido de las diferencias existentes en el seno del bando republicano y recuerda con dolor la imposibilidad de poner freno a la violencia en el Madrid asediado por los fascistas.

«¡María, desenróscate, que te prendes a mí como una serpiente! ¡Déjame morir!». Con estas palabras que Araceli le dijo a su hermana poco antes de morir se inicia el tercer capítulo, en el que María Zambrano se despidió de su hermana recientemente fallecida. La muerte de Araceli fue para María el mayor desgarró de su vida. Ambas poseían personalidades distintas —de la primera elogiaban siempre su belleza; de la segunda, su inteligencia—, lo que no impidió que fuesen, como le gustaba decir a María, «una sola alma en pena». La pensadora recuerda algunos de los momentos decisivos de su vida, entre ellos, el reencuentro en el París devastado por los nazis con su hermana, destrozada tras el fusilamiento de Manuel y las torturas físicas y psicológicas sufridas a mano de la Gestapo. En ese momento fue cuando Zambrano vio en su hermana a Antígona, «el personaje de la tragedia griega que no duda en enfrentarse a las leyes del poder para obedecer a las leyes del corazón y del amor. Antígona, la que es condenada a ser enterrada en vida, por haber osado dar las honras debidas al cadáver de su hermano. Araceli-Antígona, la víctima sacrificada en el altar de la piedad. (...) Ese era tu nombre propio, el nombre que en justicia te correspondía porque, siendo inocente, habías soportado la historia, porque habiendo nacido para el amor, te había devorado la piedad» (p. 97).

En el último capítulo, Araceli se desahoga consigo misma en el que fue el momento más doloroso de su vida, desesperada en el París de 1942 al no tener noticia de las personas que más amaba —su hermana en Cuba, con la que no podía comunicarse, y Manuel a punto de ser ejecutado— y rota por la muerte de su anciana madre. Se reconoce a sí misma como una «víctima, siempre golpeada, atravesada por el dolor» que le ha causado su capacidad inmensa de amar: «¿Es que nadie se da cuenta? ¿Es que todos ignoran que en mí el amor no tiene límites y que estoy destinada a consumirme en su fuego devorador?» (p. 123). La suya fue, en suma, una más entre tantas vidas sesgadas, desarraigadas, sacrificadas a la historia, todas ellas pertenecientes a lo que María Zambrano llamaba la «generación del toro», nacida para servir, la que dio todo lo que tenía por un sueño —la incorporación de España a la modernidad mediante el proyecto republicano— que devino finalmente en la pesadilla de la muerte o el exilio, que para Araceli fueron lo mismo: falleció en La

Pièce en 1972 y no regresó a España hasta después de su muerte, para acompañar a su querida e inseparable hermana en la tumba que ambas comparten en el cementerio municipal de Vélez-Málaga.

Jorge Valle Álvarez